

EL RAMILLETE.

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

DIRECTOR CIENTÍFICO,

FRANCISCO CANTO Y NORES.

DIRECTOR LITERARIO,

FEDERICO RODRIGUEZ.

SECCION CIENTÍFICA.

ESTUDIO SOBRE LA SITUACION CIVIL

DE LA

MUJER EN ESPAÑA.

(Continuacion.)



ON opiniones filosóficas y científicas de esta especie: con una religion que hablaba sólo á la imaginacion y á los sentidos:—en condiciones tan desfavorables bajo todos los conceptos, la mujer en Grecia siempre quedó condenada á permanecer extraña á todas las influencias progresivas de la civilizacion.—La familia no era una familia. Y el ascendiente indispensable que el sexo ejerce y que la naturaleza hace triunfar, como triunfa siempre la verdad sobre los sistemas y vanidades de los hombres, se hacia sentir únicamente en la ménos noble de sus formas.—El predominio de la cortesana ateniese, aún con los filósofos mas graves, no necesita ponderarse.

Si en Lacedemonia, por ejemplo, merced á sus costumbres y á su organizacion extranormal, que todo lo redujo á la nada, para no ver en todo otra cosa que la patria y la ciudad,—sí allí, la situacion de la mujer era distinta que en Atenas y que en el resto de la Grecia, nunca, sin embargo, quedó elevada la mujer al rango de un sér libre. La espartana no era nunca una madre, ni

una esposa: no era mas que la ciudadana. Su deber era proveer de soldados á la patria, y de soldados fuertes y robustos. El niño débil ó enfermizo habia de ser sacrificado como inútil. La esclavitud de la espartana habia llegado hasta el extremo de encadenar su espíritu, sus instintos, su sentimiento.

Roma, la organizadora, la guerrera, la despótica Roma, empezó por colocar á la mujer bajo cierta especie de dominio de su marido. El *jus quiritarium* se extendia á ella, lo mismo que á los esclavos, que á los bueyes, que á los ganados del ciudadano. La matrona romana estaba *in manu mariti*. Pero el carácter místico y el sello religioso que acompaña por todas partes á las instituciones del patriciado, y la consiguiente severidad de las costumbres, contribuyeron á que no obstante la servidumbre legal de la mujer, hubiese siempre unida cierta especie de dignidad al nombre de matrona. El Cónsul Mummius, vencedor de Corinto, dirigiéndose á la plaza pública, hizo alinear sus lictores é inclinar las faces delante de una mujer embarazada que atravesaba la plaza. Quiso mostrar por esto todo el respeto que se debia á una mujer que lleva en su seno á un futuro ciudadano.

Cuando las costumbres se corrompieron, y la mujer se emancipó, esta emancipacion fué para el mal. Fué mas que un realza-

miento, una degradacion: los desórdenes domésticos se multiplicaron; y la mujer, sin disfrutar dentro de la esfera del derecho, de mayor libertad que en el principio, pues siempre permaneció en tutela, quedó además expuesta y sometida á un sinnúmero de influencias brutales y desmoralizadoras, que no hacian mas que remachar sus cadenas continuamente.

Las ideas cristianas aparecieron, en fin, en el horizonte de la humanidad. Los rayos de esa luz vivificante, que es todavía la única esperanza de los pueblos, se derramaron á torrentes desde lo alto de aquel patíbulo que levantaron en la cima del Calvario. Los brazos de esa cruz se extendieron á Oriente y á Occidente, como convidando á la humanidad entera á precipitarse en ellos y á unirse estrechamente con el vínculo mas firme de la igualdad completa, de la fraternidad universal.—Y cuando con asombro de todas las criaturas, tembló la tierra y oscurecióse el sol, y se acongojaron los espíritus en aquel solemne instante, el único en la historia, en que murió el Justo, en cuanto hombre;—no fué ménos el espanto con que pudieron contemplar, despues de ese momento, los efectos de tan extraordinario acontecimiento. Todos eran hermanos. De aquella Jerusalem, la ciudad antigua, las civilizaciones anteriores, no habia quedado segun la promesa del Salvador, piedra sobre piedra.

Los sentimientos de pureza, castidad y abnegacion que fueron desde luego el mas inmediato resultado de la doctrina del Evangelio, hicieron que no sólo fuese un hecho reconocido moralmente la igualdad de los esposos, sino que mas tarde, en la Edad media, llegó á convertirse á la mujer en una especie de deidad, á quien se aprovechaba la ocasion de tributarle culto. Es verdad que al lado de ese romanticismo caballeres-

co, nos presenta la Edad media señales inequívocas de despotismo y de barbarie; pero tambien es cierto que sin la caballeria y la influencia ejercida por este orden de ideas, no se hubiera podido realizar tan pronto el necesario ennoblecimiento de la mujer.

Cuando en virtud del renacimiento de las letras se vió resucitar el arte antiguo y acomodarse en lo posible á las exigencias de la nueva atmósfera moral en que se estaba, la mujer no perdió nada de su dignidad ya conquistada, sino por el contrario se dispuso, por la cultura de su espíritu, á entrar mas adelante en la amplia realizacion de los derechos que le habia de brindar el mundo moderno. El tiempo de las Lauras y de las Beatrices no es á la verdad un siglo de la peor esclavitud y humillacion de la mujer.

Pero donde mas se nota el movimiento de progreso en el sentido de que se trata, es indisputablemente en el mundo moderno. Destinado este, por una ley providencial, á la conquista mas ó ménos paulatina y dolorosa de las verdades desconocidas por el pasado y á la reparacion mas ó ménos sossegada de todas las injusticias y errores cometidos ántes de nosotros, —navega sin cesar, y muchas veces, sin conciencia, hácia un puerto de bonanza y de bienestar á que indudablemente ha de llegar. «Todo anuncia, decia de Maistre, yo no sé que gran síntesis social hácia la cual marchamos.» Y como el dedo de Dios es quien nos empuja, esa gran síntesis habrá de ser la mas sublime de las armonías, la realizacion de la justicia.

A impulsos de la educacion y del progreso, la asociacion conyugal irá encontrando cada dia, entre los vínculos que la sostienen y perpetúan, no sólo los que nacen del corazon, sino tambien los que se derivan de la inteligencia. Cada vez mas iniciada la mujer en la vida práctica, por

la experiencia y por la libertad, vá siendo incesantemente mas capaz de conquistar su verdadera independencia, su igualdad, y aquel conjunto de condiciones sin el cual el matrimonio en vez de la armonía de dos espíritus que se complementan mutuamente, no seria sino la union incompleta de dos almas, la justaposicion de dos criaturas, entre las cuales hay una que carece totalmente de iniciativa y de firmeza.

¡Cuánto distamos, sin embargo, no tan sólo del ideal en la materia, sino tambien de una solucion medianamente decidida del problema! Por un lado, aquel predominio natural en la mujer de la imaginacion y de la sensibilidad, tan imprudentemente fomentado las mas veces por alguno de los sistemas de educacion; por otro la costumbre adquirida durante tantos siglos de dependencia, de dejarse siempre dirigir por otro, y de abdicar su actividad, y sus recursos propios para que los ejerza en nombre de ella, un padre, un marido, el mismo movimiento de reaccion que viene siempre cuando las cosas están al terminar, y que hace que se recrudezca y cobre fuerzas lo que dentro de poco vá á desaparecer, como la lámpara moribunda se reanima y adquiere mayor brillo un minuto ántes de apagarse; todo, todo, contribuye á que la solacion no sea completa y á que diste mucho de ser universal.

JOSÉ IGNACIO RODRIGUEZ.

(Continuará.)

EL PRÓ Y EL CONTRA

DE LA

VIDA MODERNA.

Suprimimos con el mayor gusto nuestra CRÓNICA CIENTÍFICA, para dar cabida á la siguiente carta

dirigida á uno de nuestros redactores, por nuestro digno colaborador que la suscribe.

Sr. D. Clemente Fernandez y Barreto.

Barcelona.

Señor y amigo muy estimado:

Con la atencion reposada que merecen las obras escritas con verdadera sabiduría, he leído *El pró y el contra* del doctor Letamendi. Bien quisiera poderle dedicar mas tiempo y hacer de ella el minucioso análisis que su importancia exige; pero habré de contentarme con manifestar á V., al correr de la pluma, la impresion que en mí ha hecho, y las reflexiones que me ha sugerido.

Comenzaré por hacer plena justicia á su autor, declarando que cada línea revela su competencia en la materia que trata y profundiza, y lo que es más raro y vale más, su honradez y buena fé. Páginas brillantísimas contiene el opúsculo, que me han embelesado por su verdad y profundidad; pero con sentimiento estampo que contiene juicios y consecuencias que me parecen dictados por la preocupacion doctrinaria, y no del todo acordes con el mucho seso, experiencia é ilustracion del digno catedrático.

Un solo método condena esplicitamente, una sola escuela es blanco de sus recriminaciones. La gran escuela moderna que Max Müller ha denominado con el nombre comprensivo de *materialismo de evolucion*, de la cual bajo la bandera positivista, gloriosamente enarbolada por Comte y sostenida hoy con esplendor vivísimo por Littré, soy adepto humilde, pero convencido y apasionado. Debo, pues, oponer, aunque someramente, mis argumentos á los suyos, ya que estoy en la obligacion de manifestar á V. mi opinion sobre su excelente regalo. Ya verá V. como, salvo la diferencia de escuelas, no estamos el señor Letamendi y yo tan apartados en lo sustancial, que no

podamos saludarnos afectuosamente, y por mi parte con el respeto que sus años y gran saber exigen.

El autor de El Pro y el Contra, buscando históricamente las causas de la dolencia social que se revela en la vida de los pueblos modernos, propone un método de investigación que no puedo aceptar: primero, porque la escuela positivista posee otro más acomodado al orden natural de los acontecimientos y más en relación con nuestras facultades anímicas ó cerebrales; segundo, porque lo considero puramente metafórico y gratuito, hijo del especialismo científico; tercero, porque vá á parar á una conclusión que sólo es parcialmente verdadera. El anhelo del *goce*, como dice muy propiamente el señor Letamendi, del disfrute, el ánsia desapoderada de riquezas no es mal exclusivo de nuestros tiempos; y aún dudo que se haya recrudecido, por más que, á causa del poderoso vuelo de la industria en nuestra época, revista diversas y muy visibles manifestaciones. Tiene un asiento en una facultad orgánica del individuo, y donde quiera que no se le hayan contrapuesto otras facultades de orden más elevado, por fuerza ha debido predominar. En este sentido poco ó nada hemos adelantado; pero tampoco creo que hayamos empeorado. La comedia y su primogenitora la sátira, que van recogiendo preciosos é individuales documentos de los desórdenes orgánicos que llamamos flaquezas y vicios humanos, lo prueban superabundantemente en todos los pueblos y períodos históricos. Me sobrarian los ejemplos, pero aquí serian extemporáneos. A mi modo de sentir, es la causa verdadera que vivimos en un espantoso desequilibrio, pues al adelanto de nuestras facultades intelectuales y de nuestra potencia industrial no corresponde el debido desarrollo de nuestras facultades morales. Sin embargo, del

trabajo del señor Letamendi resulta probada una gran verdad; que el mal que corroe las entrañas de la sociedad contemporánea es puramente moral. En eso estamos de completo acuerdo.

Terminado el análisis y presentada la conclusión, el autor se apresura á redondear su pensamiento, declarando el tratamiento que su observación y práctica le sugieren como único eficaz contra este mal endémico; pero ántes de llegar á la síntesis final consagra algunas duras frases al *determinismo*, en que va comprendida la doctrina positivista. Algo habré de detenerme en este punto, si no para refutar una por una las acusaciones, siento decirlo, gratuitas que lanza contra nuestras doctrinas (altamente proclamo que son muy otros nuestros principios), á lo ménos para decir dos palabras sobre esa acusación de fatalismo con que se nos quiere amedrentar.

Las preocupaciones, y nada más que las preocupaciones de escuela hacen ver esa suerte de fatalismo en la doctrina positivista. Acostumbrados nuestros adversarios á su causa motora, la buscan y la encuentran en todas partes. El positivismo explica las evoluciones históricas en su grandioso conjunto, probando que, dadas las facultades humanas, han seguido la ruta que forzosamente debían seguir; y nos coloca en posibilidad de entrever las evoluciones sucesivas. Pero de que la Humanidad esté, como está, sujeta á leyes inmutables en su desarrollo, ¿se deduce que el hombre gima bajo el peso de una abrumadora fatalidad? No; que no es el hombre una pieza de ajedrez que una mano invisible hace á capricho adelantar ó retroceder. Sin sujeción á voluntad superior ninguna, se desenvuelve según las leyes de su organización, tan dueño de sí mismo, que puede limitar ó ampliar por el ejercicio y la edu-

cacion el juego funcional de sus facultades, tan rico en potencia reflectiva, que con ella y por ella la libertad dirige y la responsabilidad garantiza todas sus acciones. Es verdad que en todo y por todo sustituimos lo immanente á lo trascendental, que buscamos por donde quiera las leyes que rigen los fenómenos así del mundo objetivo como del mundo subjetivo; pero entre este principio totalmente científico y el fatalismo ciego é ignorante no hay ningun punto de contacto. ¿A dónde lleva el fatalismo? ¿A dónde conduce el positivismo? El fatalismo impone la sumision á los acontecimientos; el positivismo enseña á estudiarlos, conocerlos y modificarlos dentro de nuestra esfera de accion individual. El fatalismo supone una voluntad superior, omnipotente y caprichosa, cuyos actos no pueden ser previstos; el lema de la escuela positivista es, saber prever. Quien no reconoce causas primeras, mal puede admitir la fatalidad.

Y tan es así que, prescindiendo de la noción verdaderamente fatalista de providencia, nosotros aceptamos cuanto dice el doctor Letamendi acerca de la influencia del individuo sobre sí mismo y de la sociedad sobre sí propia. ¿Qué más? Buscamos el remedio de tamaño mal, de tan atroz desconcierto en la predicacion y práctica de esa caridad (altruismo) que él ensalza, descartando sólo el término de cristiana, que falsea el concepto é imposibilita su aplicacion.

El cristianismo tuvo su época, germinó, apareció y fructificó abundantemente: todo es cierto. Pero la Humanidad no retrocede. Si en el orden social existieran fórmulas absolutas, y esa fórmula hubiera sido el cristianismo, há muchos siglos que habríamos tocado el ápice de la felicidad humana. Porque una de dos, ó volvemos al cristianismo primitivo, ó admitimos que

puede ser modificado (como lo ha sido de siglo en siglo); el cristianismo de san Pablo no puede convenir á la sociedad actual; el cristianismo modificado puede llegar y llega forzosamente hasta el positivismo. Es decir que es cualquier cosa, pero ya no es cristianismo.

Prescindiendo, pues, de estas diferencias, no tan capitales como pudiera creerse, ya vé V. que no estamos, el sabio catedrático y este humilde positivista, tan léjos del acuerdo. ¿Por qué no lo parece?

Nosotros vemos el mal con las mismas espantosas proporciones, buscamos con igual ahinco el remedio, encarecemos la necesidad de encadenar el mezquino egoismo, condenamos esa hambre y sed de riquezas y gozos de los sentidos, proclamamos la necesidad de dar vuelo á nuestros sentimientos morales y como ley de redencion el mútuo amor, la caridad para todos, el altruismo, en fin.... pero somos materialistas; y esta opinion no halla gracia á los ojos de nuestros adversarios. El señor Letamendi participa de ese injusto horror á la materia de que están poseidos los espiritualistas, sin advertir que hay aquí un error de concepto impropio de hombres de su valia.

Porque, sin embargo, nuestra materia ha producido las obras maravillosas con que las artes, las letras y las ciencias nos embelesan, doctrinan y mejoran; y de nuestra materia ha brotado el bello libro que tengo á la vista, y los sentimientos aún más bellos que lo han inspirado.

Su amigo devotísimo y servidor,

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

Puerto-Príncipe, Julio 26 de 1874.

SECCION LITERARIA.

EL MÉDICO.

Charitas.



El amor, ese divino sentimiento que colocó el Eterno en el corazón del hombre para hacer de la especie humana una sola familia, es el que guía principalmente al médico en su evangélica misión. La Medicina, en efecto, no es otra cosa que el ejercicio de la caridad. Mas en contacto que ninguno con la miseria, que forma la mayoría de los que llaman á su puerta, el médico es el que conoce á fondo las amarguras de la desnudez, y los sufrimientos sin tregua que ocasiona la perpétua duda del mañana, que siempre amenazante como una negra fantasma, se cierne sobre la desgraciada familia y viene á acrecentar los dolores físicos del pobre. Anciano éste, ciego muchas veces, con hijas destinadas,—si no las protege el cielo,—á caer, como tantas otras, en el cieno de la degradación, desearia la muerte si esta lo arrebatará con todos los miembros de su familia, á una vida que es una continua serie de tormentos.

Este doloroso cuadro que tiene el médico á menudo ante los ojos, que contempla con frecuencia despues de abandonar la suntuosa morada del magnate, mantiene siempre vivo en su pecho el amor á sus semejantes, le hace mejor cada dia, y elevando su alma sobre las miserias de la tierra, le dá la necesaria independencia para repartir sus cuidados con la misma igualdad, con que alumbra el sol á los malos y á los buenos, á los pequeños y á los grandes.

Poderosos que creéis desde el continuo festin de vuestra casa que todos han satisfecho como vosotros las necesidades urgentes de la vida!—frecuentad estos lugares de desolación, para que midais con espanto el abismo que os separa de vuestros hermanos. Cultivad el sentimiento de la caridad, el mas noble de todos, el que marcha á la par de la civilización, para que dejando caer en manos de los desvalidos una pequeña parte del exceso de vuestra riqueza, compreis á ínfimo precio el mayor de los placeres, la satisfacción que produce el hacer bien.

Las mas humildes casas son los templos en donde el médico aprende á respetar la adversidad, en donde comprende que su profesión es un verdadero sacerdocio. ¿Quién es si no, su providencia la mayor parte de las veces? Pronto siempre á acudir á la voz del necesitado, nunca tiene una hora suya: sus placeres, su descanso, todo lo sacrifica al alivio de sus enfermos. Entra lo mismo en la casa del pobre que en la del rico, porque todo el que sufre es de los suyos, sin importarle el rango, ni la condición. Todos son iguales ante su elevado ministerio, y si alguna preferencia hace, es siempre en favor del pobre; porque para él los últimos son los primeros. Estalla una epidemia, multiplica entónces su actividad y su abnegación; pues su presencia es urgente en todas partes y su misión le impone el deber de posponerse al último de los hombres. No podria sin cometer la mas culpable de las deserciones abandonar en tan duro trance á los miembros de su clientela, que lo son tambien de su familia. Sin derecho de temer ni por sí, ni por los suyos, él es el único que no puede sustraer su casa del contacto de los demás.

Modesta cual ninguna, su profesión no tiene historia que publique y perpetúe estos rasgos de cada instante. El silencio cae sobre ellos á perpetuidad, cuando su cono-

cimiento importaria no solo para que fuesen un modelo, un estímulo al corazón humano, sino para hacer mas respetable á los ojos de muchos que no son á veces los ménos favorecidos por ella, una profesion que no se acostumbra ver sino como uno de tantos medios de enriquecerse, opinion que por desgracia contribuye á acreditar la conducta de algunos que sin piedad y sin conciencia se han convertido en parásitos de la miseria. No, no es ese mezquino pensamiento el que preside de ordinario á la eleccion de una carrera que, siendo ménos productiva que muchas otras, está llena de amargura y de responsabilidad. Al elegir el médico sus armas sabe que, soldado de una milicia en que no hay ascenso, tiene que recorrer un camino que ni está sembrado de flores, ni lleva como otros en medio del fausto y de la pompa, á la gloria ó al poder.

Las repugnantes y peligrosas tareas del anfiteatro y del hospital que tantas vidas arrebatan á la juventud de las escuelas de Medicina en los grandes centros de instruccion; hé aquí lo que encontrará en la primera jornada. Verdadero campo de batalla con sus víctimas y héroes, es una ruda prueba destinada á apartar de esa vía de sacrificios, á aquellos que no sientan arder en su pecho el santo amor á la humanidad.

Inspirado siempre por tan noble sentimiento, vá en busca de las epidemias, desafiando todo linage de peligros y vive entre los apestados para llegar á adquirir con la mas infatigable asiduidad, alguna luz con que dilatar en provecho de sus semejantes, los límites que marcan el dominio de la ciencia.

Rompe las prisiones en que yacian como viles delincuentes los pobres enagenados, y borrando las necias preocupaciones de un pasado lleno de ignorancia, reemplaza, con inmensas ventajas de la ciencia, por la dul-

zura cristiana, la barbárie que estaba erigida en precepto.

Se somete á la accion de las sustancias venenosas, cuyo efecto en el estado normal es un precioso dato en muchos casos, para conocer su influencia en el estado de enfermedad. Se inocula las secreciones que presenta la evolucion de las mas graves afecciones; y como si la Providencia,—teniendo en cuenta la santa idea que le anima,—velara por él, llega á habituarse á estos gérmenes de muerte, atraviesa impune las mas crueles epidemias y sale ileso de sus heroicas experiencias.

A veces, arriesgando su vida por salvar la del prójimo,—adquiere su abnegacion las proporciones de lo sublime.

Un pobre niño desconocido, es atacado del croup y está á punto de perecer. La herida practicada en la traquea con objeto de dar paso al aire indispensable para mantener la vida, se ha obstruido por la presencia de las mucosidades. No hay instrumento apropiado para obrar con la eficacia y la celeridad necesarias, y ya la esperanza comienza á abandonar los corazones. Pero Roux es el cirujano. Una de esas inspiraciones que parecen venir del Creador, se apodera de su espíritu y la pone por obra sin vacilar un instante. Aplica su boca á la herida, remueve, apurando todas las mucosidades y membranas,—en las cuales va envuelta quizás la muerte,—y devuelve el niño á sus padres, llenos de lágrimas y de asombro.

El ejército francés se vé atacado en Egipto de la peste negra. Soldados y generales creyéndola contagiosa se figuran destinados á perecer sin gloria, y el desaliento comienza á invadir sus corazones. Desgenettes, médico,—cuyo nombre ignora la mayoría de los que conocen las campañas de Bonaparte,—para concluir con tan perniciosa creen-

cia, se inocula el pús de los bubones en presencia del ejército y devuelve así el valor á los soldados.

El doctor Llewellyn, cirujano del corsario Alabama,—que fué vencido por el vapor americano Kersarge frente á Cherbourg,—se mantiene á bordo del buque, que se hundia, hasta embarcar al último de sus enfermos. Su presencia en el último bote lo hubiera tal vez hecho zozobrar, y sin escuchar la voz de los que le invitaban á salvarse, se deja hundir en el mar y sella con el martirio una vida que habia consagrado al bien de sus semejantes.

Vosotros que creéis el médico ateo, é insensible, decidme ¿quién podrá levantar sus ojos hasta Dios con mas confianza que él, obrero acostumbrado á descubrir una maravilla á cada golpe de escarpelo? ¿Qué otro móvil que el sagrado sentimiento de la caridad, es capaz de inspirarle, todo el desinterés, todo el valor cristiano necesario para ejecutar tan nobles actos?

La necesidad de pensar en medio de la sangre y de los ayes del que sufre, hace que el cirujano,—dominando la estéril emocion,—llegue á adquirir una serenidad que le permite llevar sin la menor vacilacion el instrumento hasta lo profundo de los órganos. El vulgo, que desconoce el esfuerzo que siempre la acompaña, la nombra indiferencia, casi la llama crueldad, como si fuera posible que tan bastardos sentimientos inspiraran al que ha escrito en su bandera la palabra *abnegacion*.

Esta carrera de sacrificios la mas humilde de todas, no se prémia con honores ni distinciones como otras, que tienen por objeto conservar bienes mucho menos interesantes al hombre que su salud y que su vida; como si estuviese en el corazon de todos la creencia de que no hay en la tierra moneda ni expresion, sino la gratitud, digna de darse en

cambio de un esfuerzo que casi siempre vá ligado á un sacrificio; como si se creyera manchada con la retribucion una de las mas cristianas profesiones. Y, en efecto, la gratitud seria la única, la mejor con que debiera pagarse este noble ministerio en una época, por desgracia no cercana, de santa fraternidad entre los hombres.

Tanta abnegacion,—doloroso es confesarlo,—no siempre despierta en el corazon de los mortales, el sentimiento de la gratitud; y muchas veces viene la injusticia á completar el cuadro. Esfuerzos, vigiliass, todo se dá al olvido una vez conseguido el restablecimiento; y á ese mismo hombre á quien poco ántes se prodigaban los epítetos de ángel tutelar, de sabio, si no ha podido responder á los deseos del padre, ó del esposo, en los que está él mismo grandemente interesado, se le desacredita de un modo indigno algunas veces; porque en el extravío del dolor ni el padre ni el esposo pueden comprender que la muerte de la persona querida haya podido ser inevitable.

Sin embargo, á manera de oasis, en que encuentra el viajero agua y aire fresco con que mitigar las penalidades del desierto y ánimo para continuar el camino que ha de llevarlo á las puertas de su casa, se presentan en la vida del médico, escenas y momentos, que conserva impresos en el alma con caracteres indelebles, y que le remuneran con usura las decepciones que ha recojido la mayor parte de las veces. El beso en la mano que ha arrancado, al anciano padre, de las tinieblas,—la lágrima de reconocimiento que baña las mejillas de la madre á la vista del que salvó al hijo de sus entrañas,—la inefable satisfaccion que experimenta el alma despues de una bella accion,—la vanidad de figurarse como una providencia de los olvidados de la fortuna,—el sueño tranquilo solamente interrumpido por la voz del que im-

plora su caridad,—el aplauso, en fin, de la muger amada, hé aquí el bálsamo que endulza los sinsabores de la profesion, que fortifica su alma y que lo alienta para volver con nuevo entusiasmo á su ruda tarea.

Jóvenes que vais á emprender el estudio de la Medicina, deteneos: reflexionad maduramente ántes de elegir una profesion por muchos títulos excepcional. Os sentis animados del amor al prójimo hasta el punto de erigir el sentimiento de la caridad en norma de vuestra conducta?—no aspirais á acumular grandes riquezas, ni dais abrigo en vuestra alma á la pasión de honores?—Entrad entónces, con pié firme en este sagrado terreno. Vosotros podeis derramar á vuestro paso, el remedio y el consuelo, y si con las dotes del corazon, habeis recibido las brillantes del talento, hacer á la humanidad grandes legados que perpetúen vuestro nombre en la tierra. Pero si dando oídos á la voz de la ambicion, deseais haceros grandes,—tomad otro camino, abandonad una senda en la que no podriais realizar vuestros ensueños y dejadla á los humildes que prefieren enjugar una lágrima y aliviar un dolor á llenar el mundo con su fama.

LUIS DE LA CALLE.

AL POETA CUBANO DIEGO TEJERA.

Perdona si levanta
por tí, el amigo, cariñoso canto
que si no tengo inspiracion, ni lira,
yo sé que bien con entusiasmo tanto
quien piensa y quiere, si se inspira, canta.
Y si no tengo en mi agitada mente
rasgo sublime, ni brillante idea,
puedo brindarte con serena frente
—suave y mas dulce que la miel hiblea—
del sentimiento la apacible fuente.

¡Es tan triste un adios de despedida!
y tan santa y hermosa la tristeza,
que coronan los cielos su grandeza
con lágrimas del alma adolorida!

Dulce es llorar! Asoma á la pupila
el llanto del pesar que el alma brota,
y en cada inquieto párpado que oscila
un puro sentimiento es cada gota.

Deja, poeta, que llorando en calma
el pecho sienta amargo desconsuelo;
tú á la pátria te vas... adonde el alma
tiene recuerdos de pesar y duelo!

¿Mas á qué vienen el pesar y el llanto
cuando á la pátria con placer te vas?
¡No mas tristeza! ¡El entusiasmo es santo!
¡Riamos y cantemos á compás!

¡Cantemos y riamos! Que este día!
es tan solo el placer nuestro señor....
¡Meza el viento con dulce melodía
fecundos cantos de sincero amor!

Que yo cantándole al poeta, siento
bañado de placer el corazon:
que la amistad me presta dulce acento
que el cariño me dicta una cancion.

Y si hoy te admiro, te celebro y canto
en las regiones de apartado suelo;
mañana alegre, bajo el pátrio cielo,
mejores cantos te dará mi amor.

Que allí á la sombra de un anciano ceibo
escuchando la brisa que suspira,
ni suena triste la templada lira
ni siente el alma, como aquí, dolor!

DIEGO TAMAYO.

(1875.)

A TÍ.

—245—

*

Nace una flor en el valle
y en la mañana serena

coronada de rocío
orgullosa se presenta.
Apenas nace ¡infelice!
sus rayos el sol le niega....
Pobre flor, que ya sus hojas
se secaron; y su esencia,
se fué con el aura errante
á perderse en la pradera.

*

En la pomposa enramada
de alguna escondida selva,
islas de eterna verdura
que creó naturaleza,
nace un ave, tierno fruto
de dos almas que se unieran.
Apenas nace, atrevido
batiendo sus alas vuela
y recorre alborozado
su morada, su floresta;
luego cansado se posa
sobre una rama opulenta,
y al estender su mirada
vé un arroyo que serpea
entre las pintadas flores,
y vé sus ondas serenas,
y al escuchar el murmullo
bate sus alas ligeras,
porque se siente inspirado
y solo cantar anhela.
De su garganta de oro
brotan notas que enagenan...
y el pajarillo inocente
cuando su cántico deja,
lanza un lúgubre quejido,
y en el quejido vá envuelta
su existencia dulce y corta...
y solo triste resuena
como preludios de un arpa
en una noche serena,
el éco de sus canciones
al perderse entre la selva.

*

Mira en el mar combatido,
levantarse una ola inmensa
amenazando iracunda
el abismo que la encierra;
en su frente, blanca espuma
cual diadema real se ostenta.
Sigue altanera, orgullosa...

y al llegar á la ribera,
contra un escollo se rompe
ó se deshace en la arena.

*

Tambien ¡ay! en tu alma jóven
nació el amor, niña bella,
el fuego de mi mirada
con su calor lo sustenta:
¿Morirá, triste de mí,
cual la ola en la ribera,
como en el valle la flor,
cual la avechilla en la selva?

PEDRO F. ALBARRAN.

(1874.)

M A D R E

Una mirada de pasión ardiente,
de delirante amor,
te reveló los sueños de mi mente,
mi angustia, mi temor;
en mí la vista con desden fijaste
y por quererte amar,
mis ojos, implacable, condenaste
á un eterno llorar!

FRANCISCO GIRALT, (hijo).

LA MADRE.

Si, alguna vez, la voz doliente del pesar
ha resonado en vuestro pecho; si un desen-
gaño cruel ha venido de improviso á ma-
tar vuestras ilusiones todas; si el despecho,
los celos, la envidia, han lastimado vuestro
amor propio, si la negra ingratitud, la tor-
pe alevosía, las continuas decepciones, han
desgarrado, una por una, las fibras de vues-
tro corazón, ¿no os habeis acordado del
tranquilo hogar donde se meció vuestra cu-

na, de los sueños de oro de vuestra encantada infancia, de aquel *sér*, lleno de ternura y bondad, que un día os prodigó las mas dulces caricias, acalló vuestro llanto y os adormeció con sus canciones? ¿Y al pensar, en medio de vuestra tristeza, en tan caros objetos, un rayo de esperanza no ha venido á devolver la quietud á vuestro espíritu, á despejar el lóbrego horizonte de vuestras penas?

Y decidme: cuando sentís el impulso del bien; cuando heridos por las espinas del dolor dirigis vuestras súplicas al cielo; cuando una injusticia de la tierra, arranca un grito de indignacion de vuestro pecho; cuando dejais caer vuestro óbolo sobre la mano del indigente; cuando os veis en la necesidad de perdonar al mayor de vuestros enemigos; cuando la desgracia de vuestro prójimo hace asomar una lágrima á vuestros párpados, ¿no descubris, junto á vosotros, la sombra venerada de una muger que os inspira, sin cesar, ideas de perdón y de justicia, sublimes sentimientos de caridad y amor?

¿Quién es esa muger que, parte de vuestra alma, íntima nota de vuestro corazón, gérmen inmortal de santidad, dulcifica vuestros dolores, alienta vuestras esperanzas dignifica vuestro carácter, dirige vuestro espíritu á los mas encumbrados fines y, compañera vuestra desde que os sonrieron los primeros albores de la vida, os cubre con las alas de su cariño, como el ángel de nevadas plumas encargado de velar vuestros sueños?

¡Oh! bien sabeis quien es. Su nombre, enaltecido por la familia, deificado por la historia, como el de los héroes y el de los poetas, está esculpido en todos los corazones, lo invocan todos los labios, y, envuelto en magníficos ejemplos de abnegacion y sacrificio, pasa de una edad á otra edad,

como el de los Leónidas, los Césares, los Píndaros y los Horacios.

¿Quereis ver á esa muger en la plenitud de su grandeza, en su mayor grado de sublimidad?

Pues trasladados con vuestra imaginacion al cielo mágico del arte, y allí, donde la ideal belleza tiene su templo, la vereis sosteniendo sobre sus rodillas al fruto de sus castos amores, que estrecha su cariñoso lazo contra su seno virginal, mientras su cabeza, llena de magestad y soberana hermosura, se inclina ligeramente, para rozarse, con suavidad, con la del tierno infante que oculta las manos de querubín en el pecho de la mujer divinizada por el pincel de Urbino. Fijaos en su semblante, rebosando vida y espresion, en su airosa actitud, en sus labios que parecen moverse, en su mirada dulce y amorosa y decidme si el gran Saucio, al obedecer á su espíritu creador, pudo transmitir mejor á sus pinceles el sentimiento y tierno afecto que el corazón maternal encierra. *La Virgen de la Silla* es la deificación de ese amor puro y sublime que aposentándose en el alma de la muger tanto la engrandece y santifica. El amante de la Fornarina, el gran pintor, de quien la naturaleza receló por su pincel verse superada, concibió, con verdadera maestría, aquel tipo de MADRE.

Seguid recorriendo las espaciosas esferas en donde el génio estiende sus luminosas alas, y allí, en los colosales monumentos del arte, en las obras de los grandes maestros, encontrareis siempre á la muger sublime por excelencia: á la madre. Y Torrelli, Maffei, Alfieri, Voltaire, os presentarán fielmente retratada su *Merope*; Homero, Eurípides y Racine su *Andrómaca*; Victor Hugo su *Lucrece*. En todas domina el sentimiento maternal, llevado al mas alto grado de perfeccion, si bien for-

mando en Lucrecia sensible contraste con su deformidad moral, cuyo testimonio, nos demuestra, por otra parte, cuan difícil, por no decir imposible, es que la muger, aún en medio de sus notables extravíos, deje de dar pábulo en su corazón á la llama de aquel sentimiento, el mas grande de todos, de aquella virtud, la mas sublime de las virtudes, cuya esencia es siempre la abnegación y su única recompensa el sacrificio.

En el mundo real puede aún mejor apreciarse la gran superioridad de la madre, la grandeza de su corazón, la intensidad de su cariño. Todo abnegación en ella, bendice los dolores de la maternidad que por nosotros sufre al darnos á la vida; ávida de nuestro bienestar, adivina cuando nos aflige una pena y se identifica con ella, para con sus desinteresados consejos, ser el bálsamo que cicatrice las hondas heridas, abiertas por manos alevés en nuestro pobre corazón; celosa de nuestro honor, nos defiende, si la grosera calumnia intenta mancillar nuestro nombre; ángel custodio nuestro, está siempre dispuesta á resguardarnos de las acechanzas de la vida, de los peligros que nos cercan, de los lazos que á veces forja el encono para perdersenos.

¡Oh la madre! ¡cuán grande se presenta á los ojos de quien ha tenido ocasión de contemplarla en momentos de prueba, heroica, unas veces, como Lucrecia; tierna y sensible, otras, como Andrómaca; sublime, siempre, como María!

No se comprende que haya quien se atreva á dudar de la pureza del cariño que se alberga en el corazón de una madre, así como tampoco quien llegue á creer que la llama de aquel sentimiento puede menguar ó extinguirse por completo en un corazón alentado por el fuego del patriotismo. Nos cuentan que en la antigüedad habia mugeres que no lloraban la muerte de sus hijos

cuando sabian que habian perecido defendiendo á su patria, por la cual se interesaban mas que por la suerte de aquellos. Extraña, incomprensible aberración que nunca hemos creído por no manchar la memoria de aquellas madres y por no ofender á las de nuestros dias. ¿Acaso el amor maternal, superior á los demás sentimientos, deja de ser, alguna vez, idéntico en el fondo, por mas que la diferencia de tiempos, diversidad de costumbres y demás circunstancias propias de cada una de las distintas épocas que se suceden en el trascurso de los siglos, hayan podido variarle en alguna de sus manifestaciones, nunca en su esencia? ¡Ah que pocas madres, por no decir ninguna, me citareis, que dejen de calificar de verdadera ferocidad el acto de Gúzman, cuando arroja desde los muros de Tarifa el puñal sangriento que ha de herir el corazón de su hijo!

No lo dudeis; en el alma de las madres solo se anida el amor mas puro y en vano se ha pretendido poner aquel sentimiento al nivel de otros que pueden degenerar ó prostituirse. «*Amor maternal, amor del cielo,*» ha dicho un malogrado poeta moderno y efectivamente, aquel amor puro y desinteresado, exento de celos, no susceptible de mudanza, grande como la inmensidad, sublime como el firmamento, es el amor por excelencia, que hace del sér que lo siente una de las mejores hechuras del Criador.

Quizá parezca aventurado; pero yo no vacilo en confirmar que, si concebimos el bien, si alzamos altares á la virtud, si la fé se halla aposentada en nuestro corazón, lo debemos exclusivamente á nuestra madre y á nadie mas que á nuestra madre. Si ella, cuando niños, no llamara á nuestro corazón dormido, si no agitara sus mas tiernas fibras, si no hiciera nacer allí los sentimientos mas delicados, si al formar nuestro ca-

rácter, no le dispusiera á los mas nobles impulsos, nada significarian para nosotros las acciones generosas, los actos humanitarios, el ageno infortunio.

¡Cuán grande es, pues, la mision de la madre en este valle de lágrimas y flores, de perfumes y de angustias!

Vosotros, corazones sensibles, séres espirituales que aún sentís germinar en vuestros pechos aquellos sentimientos immaculados que el hálito envenenador del mundo no ha podido extinguir, acordaos de que fué vuestra madre la que, al confundir, por medio de sus besos, su espíritu apasionado, con vuestro aliento puro, imprimió en vuestras almas toda la pureza y santidad de la suya. Ella, al plegar vuestras manos para las primeras oraciones, sembró en vosotros el primer germen, la bienhechora semilla de ese sentimiento religioso que os sirve de consuelo en vuestras adversidades, haciéndoos entrever otra vida en donde las acciones virtuosas alcanzan del Eterno su merecida recompensa. ¡Feliz aquel, que, en medio de tanto cieno y escepticismo desgarrador, conserva, en el fondo de su alma, el immaculado tesoro de sus creencias religiosas y puede, pensando con su madre, elevar su espíritu, sumergido en los mas puros goces de la vida, hasta ese Dios, cuya imagen vemos esculpida en la limpidez de los soles y en el azul trasparente de los cielos.

Detractores del mas privilegiado de los sexos, vosotros, corazones frios, exentos de todo sentimiento elevado y generoso, tened presente que la *Muger*, objeto de vuestro sarcasmo, está destinada á ser madre, y la MADRE, no lo olvideis, es la obra mas sublime del Eterno.

EZEQUIEL LLORACH.

(1875.)

NOCTURNO.

Cuando estoy en mi lecho, en la calle
siento pasos de gente que cruza:
¿de quién son esos pasos, me digo,
cuando suena en el templo la *una*?

Si es un padre que busca un alivio
para el hijo postrado en la cuna,
que despierte, Señor, ese niño
sonriendo sin fiebre, ni angustia.

Si es el hombre que vuelve jugando
de su esposa infeliz la fortuna,
haz que ablanden su pecho de roca
de sus hijos las lágrimas puras.

Si es la joven que vuelve del baile
sofocada de danza y mazurka,
que los aires no hieran su seno,
y la tós no le arroje á la tumba.

Si es un póbrecito ó tal vez mi enemigo
en demanda de pan ó de ayuda,
dile al punto que toque á mi puerta
y á mi pecho que olvide la injuria.

Si es malvado que en pös de venganza
en las sombras su víctima busca,
que camine hasta el fin de los siglos
sin hallar á su víctima nunca.

Pero si es un amante que vuela
de la reja á la cita nocturna,
ilumina, Señor, esa frente
con un rayo de amor y de luna.

M. SANCHEZ PESQUERA.

(1875.)

¿VERDAD QUE NÓ?

(Imitación.)

¿Cuándo esté lejos de ti,
para no volver quizás,
verdad que no olvidarás
al que de veras te amó?

¿Verdad, Filena graciosa,
que no echarás en olvido
al que tanto te ha querido
al que solo en tí pensó?

¿Verdad que nó?

—
¿Ni olvidarás el rubor
que aquella noche de calma,
al ofrecirme tu alma
tus mejillas coloró?

¿Ni el anhelante suspiro
que de amor tu jóven pecho,
al mirarme satisfecho
lánguidamente exhaló?

¿Verdad que nó?

—
Ni el murmurar del arroyo
que al agitarlo la brisa,
encantadora sonrisa
regalarnos pareció?

Ni del cefirillo suave
el ondulante gemido,
que cual un éco querido
nuestros nombres repitió?

¿Verdad que nó?

—
Filena, tal vez la muerte
me sorprenda en mi camino:
tal vez el fiero destino
así lo determinó:
si así fuese ¿no es verdad
que un recuerdo puro y santo,
no negarás al que tanto
en la tierra te adoró?

¿Verdad que nó?

J. DE LOS A. R.

(1875.)

¡VIVIR!

A mi querido amigo Francisco F. Perez.

Y encontré mi ilusión desvanecida
y eterno é insaciable mi deseo,
palpé la realidad y odié la vida,
solo en la paz de los sepuleros creo.
Espronceda.—A Jarifa.

¡Dichoso aquel que de ilusiones vive!
de flores su camino engalanado
verá tal vez y el porvenir risueño

le brindará mil dichas; y estasiado,
en plácido beleño,
verá correr su venturosa vida,
de gratas esperanzas su alma llena,
y jamás combatida,
por el tropel furioso de pasiones,
que el pecho le envenena
al triste que no vive de ilusiones.

Con el poder, tal vez, sueña y la gloria;
tal vez alzar pretende
su presuntuoso vuelo
desde la tierra al cielo:
quizás su ardiente corazón se enciende
en ansia de admirar y del Vesubio
á la cima trepar tal vez quisiera
ver, arrojar del cráter encendido
en flamígero fulgido diluvio,
la lava, y por doquiera
ruina esparciendo, al mar enfurecido
verla correr, en él precipitarse
y hacerle hervir de rabia al sepultarse.

En la vida tal vez de la riqueza
sueña el cuitado y á gozarla aspira;
acaso en el amor y en la belleza
su descuidado corazón se inspira;
quizás la vida mira
por su lado mejor y en el descanso,
lejos del océano de este mundo,
en sosiego profundo,
piensa pasar la vida venturosa
entre sus tiernos hijos y su esposa.

¡Dichoso, si, dichoso,
vuelvo á decir, quien vive de ilusiones,
y á quien en dulce y plácido reposo,
ageno á las pasiones,
la esperanza le mece lisonjera.
El no se mueve, no, durmiendo espera
y... ¡es tan bueno esperar... en un ensueño
ver la vida correr, año tras año,
pasar la juventud, seguir el sueño
y no llegar jamás el desengaño.....!

Así, lo creí yo, más me engañaba;
yo tuve una ilusión también un día,
yo también esperaba,
y descuidado en mi ilusión dormía.

Una muger, un ángel, sér divino
que mi sueño creó, bajó del cielo

y vino á interponerse en mi camino.
Cual su ilusion, hermosa, casta y pura
la encontró el corazon y yo al mirarla
un tesoro de amor descubrí en ella
y en sus ojos bebí dulce ternura;
de sus labios la miel llegó á embriagarme
y, al verla casta, ruborosa y bella,
nunca creí pudiera así engañarme,
¡qué arder me hiciera, en amoroso fuego
y de mis ansias se burlara luego!

Tú me engañaste, sí, tú me mentiste,
amor del que jamás participaste,
de sonrisa tu labio revestiste
cuando un amor eterno me juraste;
luego dormir me hiciste
soñando en tus caricias,
y entre las mil delicias
que en el mundo fortuna me brindara,
tú cariño escogí, ¡no lo escogiera!
y en tu virtud creí, ¡nunca creyera!
y con tu amor soñé ¡nunca soñara!

¡Nunca soñara, nó, que he comprendido
que no es bueno vivir siempre dormido!

Ya no quiero dormir, quiero, despierto
de la vida gozar, quiero reirme,
cruzar el ancho piélago del mundo
y en su revuelto seno confundirme;
quiero trocar en lodazal inmundo
el corazon de la muger aun pura,
quiero hacerle probar ese tormento,
esa amarga y cruel y átroz tortura
que yo en mi pecho siento
y arrastrarla conmigo al torbellino;
quiero que nada á la piedad me escite
y... si encuentro una flor en mi camino,
que la toque mi mano y la marchite.

Mi labio, á la mentira acostumbrando,
jure un amor eterno
al ser tímido y tierno
que amoroso mi voz esté escuchando;
y, cuando por el bien perdido llore
y su pureza marchitada vea,
cuando piedad al corazon implore,
que mi respuesta sea
una de burla loca carcajada,
que en su oído resuene
y con su hiel amarga la envenene;
que llore y gima y de llorar cansada,

al mundo, como yo, se precipite
y en él loca se agite
y goce del presente
y viva... del desprecio de la gente.

¿Qué me importa que pierda amor su encanto
y que dure tan solo el corto instante
que el placer ha durado? en triste llanto
¡ay! gemí yo también, cuando perdida
ví mi ilusion querida,
y... ¿quién me dió consuelo en mi quebranto?
¿quién escuchó mi ruego?
yo, consumido por ardiente fuego
al cielo lo pedí, pero fué en vano.
Y ella mientras.... ¿quién sabe?
si en tanto yo lloraba
por mi perdida fé... ¡delirio insano!
á otro hombre, amor eterno le juraba
cual á mí lo juró... ¡cielos crueles!
ah! tal maldad no cabe
en su inocente pecho... ¿y qué? desmayo!
Nada de desmayar; ya sonriente
convidame al placer alegre el mundo,
me dejaré llevar de su corriente,
que en sus delicias mil quiero embriagarme
y en su piélago inmenso espaciarme.

Si acaso la amargura
mi corazon tortura,
cálle mi corazon, hable el sentido
y en un completo olvido
sepúltese por siempre la tristura.

¡Qué yo quiero vivir! quiero placeres
que mi espíritu agiten
y celestiales, candidas mugeres
que al deleite me inciten
y conmigo al placer se precipiten.

Y cuando, maldiciendo de mi suerte,
quiera acaso tomar por otra senda,
venga entonces la muerte
y en medio de la duda me sorprenda.

FÉLIX ESCUTÉ.

(1875.)

SECCION DE VARIEDADES

Habiéndose prolongado demasiado la ausencia de D. JOAQUIN ALSINA Y ESPINOSA, director literario que fué de EL RAMILLETE, se procedió, en Junta celebrada al efecto el día 46 del corriente, al nombramiento de un nuevo director literario, el cual recayó en D. FEDERICO J. RODRIGUEZ. La redaccion de EL RAMILLETE no puede menos que estar agradecida á D. Joaquín Alsina y Espinosa por los trabajos que hizo en pró de nuestra Revista, durante el tiempo que estuvo al frente de la seccion literaria del periódico. Esperamos que el nuevo director literario hará cuanto en sí esté por seguir los pasos de su antecesor.

—Hemos tenido la satisfaccion de saber que nuestro ilustrado colaborador y escritor distinguido, D. Enrique José Varona, ha sido nombrado por unanimidad ACADEMICO DE MÉRITO de la CERVANTISTA ESPAÑOLA, adjudicándosele una medalla y el diploma de honor. EL RAMILLETE no puede ménos que dar á su digno colaborador, la mas cordial enhorabuena.

—Hemos recibido, por conducto de D. Enrique Barnet, amigo íntimo de nuestro distinguido colaborador D. Diego Tejera, una bellísima poesía que no insertamos en este número, por haber llegado á nuestro poder, cuando ya estaba compaginado el periódico.—El número próximo honraremos con ella las columnas de EL RAMILLETE.

—En la Balada que insertamos en nuestro número anterior, un compañero de redaccion cambió por broma los dos últimos versos, debiendo haber terminado con los dos siguientes y nó con los que vió la luz. Los versos con que debió concluir, son:

¿por qué yo al ver tu boca de corales
tambien no he de cantar?

—La bella poesía que publicamos en el lugar preferente de la sección literaria debida á la fácil pluma de nuestro compatriota y amigo el jóven poeta, D. Diego Tamayo, fué recitada en el banquete que tuvo lugar el seis del corriente en la fonda de Oriente y del cual tienen ya conocimiento nuestros suscritores.

Recomendamos su lectura.

PENSAMIENTOS.—Un arranque de cólera oportuno libra de responsabilidad, y algunas veces la transfiere á otro.

—Un hipócrita es un paciente en la doble acepcion de la palabra: calcula un triunfo y soporta un suplicio.

—El disimulo es una violencia sufrida.

—La inmensidad del desprecio causa al despreciado el efecto de una grandeza.

—Hay ciertos empujes en el fondo del abismo

que apartan al hombre de todos los seres vivientes.

—Nada iguala la timidez de la ignorancia, como no sea su temeridad.

—El ignorante puede hallar: solo el sábio inventar.

—Hallarlo todo es llorarlo todo.

VICTOR HUGO.

EPIGRAMAS.

I.

—Manuel de que te mantienes
que holgando siempre te veo?

—Hago gran papel.—Yo creo

que tú carrera no tienes

—¿El sustento no adivinas

que con la pluma me gano?

—Eres poeta, escribano....?

—Vendo pollos y gallinas.

T. GUERRERO.

II.

Tiene chispa este muchacho

¿No es verdad? dijo Teodora,

y yo dije:—Si, señora,

casi siempre está borracho.

J. L. LUACES.

CHARADAS.

I.

Segun *tercia* en Nebrija *prima* y *dos*
es un nombre latino, á mi entender,
salud y *todo* pues; si la adivinas
buen charadista llegarás á ser.

II.

Siempre tuve por *tercia* trás *primera*
ferviente inclinacion;

una taza me gusta de *tercera*

tomar en infusion.

Segunda y *tercia*, por desgracia mia,

perdi de un tropezon;

y mi *todo* será tu fantasia

si das la solucion.—

—243—

Las soluciones en el próximo número. —

—244—

Solucion á las charadas del número anterior:

GAT-TA-NO Y SIS-TE-MA.—

Imp. de Sulé hermanos, Olmo, 8.